

2

Redescubrir el placer de leer

En este capítulo expondré las principales aportaciones del libro de Michael Lockwood (2011) *Promover el placer de leer en Primaria*, que fue galardonado con el premio de la United Kingdom Literacy Association, UKLA 2009. Está inspirado en un proyecto de investigación cuyo objetivo es identificar las escuelas de Educación Primaria y a los maestros y maestras que hayan demostrado una buena práctica en el área de la promoción del placer de leer, y divulgar lo que parezca transferible de estas buenas escuelas a otros centros que quieran mejorar su práctica.

LA LECTURA POR PLACER EN LA HISTORIA

Lockwood nos dice que no siempre ha estado bien visto leer por placer, referido sobre todo a leer por placer textos de ficción. Resulta difícil entender esto en un momento en el que la lectura recreativa de ficción de adultos y niños cuenta con la aprobación general, y cuando los grupos de lectura y los programas televisivos sobre libros son más populares que nunca. Sin embargo, cuando apareció el

género de la novela, allá por los siglos XVII y XVIII, la lectura de libros de este género se consideraba como una actividad frívola y una pérdida de tiempo. El mismo término “novela” sugería algo leve y efímero, explotando su “valor de novedad” y otorgando una gratificación instantánea; era frecuente atribuirles (metafóricamente hablando) los mismos efectos adictivos que tienen las drogas. No cabe duda de que, en aquella época, el nuevo género formaba parte de la cultura popular y no de la literaria, y la élite cultural miraba por encima del hombro a los lectores de novelas.

Y “las primeras bibliotecas públicas consideraban que su función consistía en facilitar a sus usuarios más información que entretenimiento; el préstamo de obras de ficción solía mirarse con suspicacia y tenía unos límites estrictos. Aunque las bibliotecas públicas se plegaran a la demanda de los lectores y prestaran obras de ficción, permanecían reacias a comprar lo que no fuesen textos literarios y clásicos para niños aprobados por los adultos, en vez de colecciones populares de ficción” (*ibid.*).

Seguro que conocen *El infinito en un junco*, la obra en la que Irene Vallejo (2021) nos habla de la invención de los libros en el mundo antiguo. Ha recibido múltiples premios y lo recomiendo para quien no haya disfrutado de su lectura. Pero existe un libro que publicamos en Morata en 2004 (*Lectura y cultura escrita*) cuya autora, María Clemente, nos explica lúcidamente las razones de la lectura desde la Antigüedad grecorromana y me parece fundamental realizar un breve repaso de algunas de ellas que hemos perdido:

Hasta el siglo IV a. C. no se conocía la práctica de la lectura privada. Leer no era un ejercicio muy apreciado ni siquiera por los eximios filósofos griegos. Por ejemplo, Sócrates, consideraba que los libros eran ayudas para recordar, pero nunca pensó que fueran más importantes que la palabra para transmitir conocimientos; es más, estaba convencido de que los auténticos sabios podían prescindir de ellos. Incluso advertía a sus discípulos que serían ingenuos si pensaran que lo escrito pudiera servir para algo más que para recordar a alguien lo que ya sabe. Solía decir que la escritura es algo semejante a la pintura, que parece viva, pero que, sin embargo, no podemos hacerle preguntas porque permanecerá muda.

¡Vaya con Sócrates! Me acaba de tirar por la borda todo lo que estaba defendiendo acerca de dejarse interpelar por los textos y el diálogo, la empatía, etc. Prosigamos con el viaje:

En Roma, se editaron textos literarios de muchos autores. Su **principal función era la de aprender correctamente la lengua oral**, pero, además, se procuraba que tales escritos tuvieran argumentos que pudieran dar a su vez formación sobre la ética y la historia. Como sus antecesores griegos, los romanos fueron un pueblo más proclive a la oralidad que a la escritura. El discurso elocuente era considerado una forma de expresión superior, y esta idea se extendió por las provincias conquistadas.

Esta propensión a la oralidad la argumenta excelentemente Irene Vallejo con el ejemplo de la batalla de Salamina. Nos dice que cuenta Herodoto que la noche anterior a la batalla los generales griegos se enzarzaron en una discusión que les duró hasta la madrugada. Ganaron la batalla, pero a Herodoto le hizo pensar que con ese temperamento tan discutiador nunca tendrían un Estado fuerte y unitario. Nos sigue contando que los logógrafos expertos escribían discursos convincentes para ser aprendidos de memoria por los litigantes en su defensa y que los oradores se maltrataban con verdadero lujo de injurias. Los mejores discursos políticos y judiciales se publicaban poco después de ser pronunciados. Desgraciadamente esto es el pan nuestro de cada día en muchos debates políticos. Que a través de lectura podamos llegar a expresarnos con propiedad para llegar a ser buen comunicador, no me digan que no les parece importante. La cuestión es de nuevo **para qué**: si el objetivo es insultar con mayor inteligencia, ridiculizar al otro con ironía, recurrir a falacias, defender una idea sin escuchar las del otro, con seguidores y aplausos de un público entregado que nos aporta el placer de sentirnos poderosos, eso es un modo de enfocar la lectura por placer. Pero si lo que motiva es defender una causa justa en un juicio, o divulgar el estado y los problemas de la discriminación, una situación de acoso, o contar un suceso con humor y gracia, ya les digo que eso también produce bienestar. No olvidemos la función oral, pero cuestionemos qué nos produce placer.

Sigamos avanzando en el valor de la lectura. Gracias a María Clemente podemos seguir viajando por la Historia en la búsqueda

de la lectura por placer, que en sentido estricto todavía no ha aparecido.

En la Edad Media, como sabemos, la escritura y la lectura estaban muy ligadas a la Iglesia, tanto en los monasterios como en las catedrales. La transmisión del saber se empezó a realizar a través de textos, si bien para la mayor parte de la población el acceso a los libros era más bien indirecto; se realizaba a través de lecturas interpretadas por otros, especialmente por clérigos. En 1250, el rector de la catedral de Amiens, Fournival, reivindicó que la posibilidad de ampliar nuestros conocimientos está ligada a los textos escritos y no a la perecedera memoria de los hombres, de manera que consideraba, frente a lo que sostuvieron Sócrates y muchos griegos, que la lectura era una **fuerate importante para acceder al conocimiento** acumulado en la historia de la humanidad. No obstante, en el acceso a la información jugaba un papel muy importante la memoria, pues de hecho no tenemos constancia de que se subrayaran los manuscritos, sino más bien de que se aprendieran de memoria los pasajes necesarios, utilizando complejas reglas nemotécnicas. De hecho, Santo Tomás elaboró un método de recuerdo para los textos escritos, colocando lo que se quería recordar en un orden determinado.

Tenemos ya los libros como fuente de conocimiento, pero solo para determinados conocimientos, accesible a unos pocos y que, además, tenían que memorizarlos o copiarlos. También sucede en nuestra época reciente, y eso me recuerda una anécdota que me contó Florentina Gómez Morata ocurrida durante una feria del libro en Cuba, a la que asistió: el público interesado en los libros allí expuestos, y con poca capacidad de compra, se pasaba el rato leyendo los libros y anotando lo que les interesaba en un cuaderno.

Durante el siglo XIV Petrarca, en su *Secretum meum*, escribió un supuesto diálogo con san Agustín, a partir del cual podemos tener alguna idea sobre cómo entendían el arte de leer. Se trataba de tomar el texto para sacar una idea, una frase y enlazarla con otra extraída de un texto distinto para producir un texto nuevo, que constituía en realidad una construcción singular del lector.

¿No es acaso lo que estamos haciendo aquí? La riqueza de la lectura de muchos textos, de nutrirse de autores que a su vez lo han hecho de otros. Vemos pues que la inteligencia colectiva de Gee del Capítulo 1 es una práctica que se garantiza a través de los libros y su lectura y así, desde la época de Petrarca, ya no era entendida como ejercicio de adoctrinamiento de lo que otros han escrito. Aparece pues una nueva función, que es **la lectura privada**, con la que se establece un diálogo, que se subraya con anotaciones y, en consecuencia, que estimula el pensamiento. Pero no fue tan común ni en la Edad Media ni tampoco después, incluso con el empuje que supuso la invención de la imprenta, la oralidad seguía predominando.

Un lector leía para otros, ya fueran monjes, o seglares. Así se recoge, por ejemplo, en la regla de san Benito, la cual establece que, para que los monjes **no se sientan solos y no caigan en el pecado de la gula**, durante las comidas se les lean textos de las sagradas escrituras. No obstante, entrevemos en otros autores (Parkes, 1998) la impresión de que en la propia regla de san Benito también se encuentran referencias a la lectura individual, particular, para no molestar a los demás. También san Isidoro, después, promovería **la lectura en silencio por considerar que el lector aprendía más cuando no escuchaba su propia voz**.

De igual manera, en el mundo secolar se reunían para escuchar lecturas. Hasta la invención de la imprenta, los libros eran escasos incluso entre quienes tenían buena posición económica. Así es que los que tenían interés por conocer a un determinado autor acudían a otras casas donde se hacían lecturas colectivas. La finalidad de este tipo de lecturas en las casas particulares y hasta en las cortes reales era tanto instructiva como de entretenimiento y, a diferencia de lo referido en la regla cisterciense, cuando se leía para entretener no era con la finalidad de distraer de los placeres de la mesa, sino más bien para resaltarlos: algo, por cierto, que según Manguel (1998) ya hacían los romanos.

Otro hito histórico fue el surgimiento de las universidades en Europa, momento en que **la lectura para aprender**, para conocer autores, alcanza un punto sin retorno. También cambiaron los modos

de leer y, por ello, los espacios donde esto se hacía. “El estudio se convirtió en una de las formas fundamentales de usar la lectura, aspecto que se ha perpetuado como una de sus funciones principales”.

Estoy seguro de que quienes defienden a ultranza la lectura por placer no infravaloran la importancia que tiene para el aprendizaje la lectura por estudio, como acceso al conocimiento. Quizás esto se da por supuesto, pero estarán conmigo en que tiene gran valor. Es cierto que cuando se trata de “educación obligatoria” el debate se sustenta en cuál es el conocimiento válido y quién tiene acceso a él. Garantizar el derecho a la educación es garantizar también a toda la sociedad la lectura como fuente de aprendizaje y acceso al conocimiento. Y la educación así entendida es una educación emancipadora, y cuando no se entiende así, se convierte en un instrumento de poder y desigualdad social. Recorrer la Historia nos permite comprenderlo, vean si no lo que extraigo de una nota del libro de Julia Varela *Nacimiento de la mujer burguesa*:

Como muy bien ha puesto de relieve M. Foucault en ese apasionante libro titulado *Las palabras y las cosas*, todavía en el siglo XVI la magia y la erudición continuaban siendo —aunque ya por poco tiempo— las dos grandes figuras del saber renacentista. Las altas jerarquías eclesíásticas trataron de convertirse, a partir del siglo XIII, con ayuda de las universidades y del método escolástico, en especialistas monopolizadores del saber legítimo, un saber que continuaba y continúa siendo mágico mítico, cuyo monopolio se convirtió en una de las principales fuentes de poder y dominación, y significó la jerarquización y diferenciación entre diferentes tipos de magia y de erudición. Las altas autoridades eclesíásticas se autoprocuraron el papel de guardianes del conocimiento —supuestamente proveniente nada menos que de la revelación divina— haciendo que el conocimiento adquirido por otros medios —entre ellos el conocimiento adquirido a través de la reflexión, de la observación y de la experiencia— se convirtiese en un tipo de conocimiento subordinado y de valor inferior.

Pues bien, la primera mención que nos hace María Clemente de la lectura por placer data del siglo XVI con Maquiavelo, de quien dice que:

En una carta escrita a un amigo, cuando fue desterrado de la política y de la vida pública y recluido en su finca a las afueras de Florencia, el autor relata cómo pasaba el tiempo entre dos clases de lectura, que relacionaba con dos tipos de libros: por un lado, libros pequeños en los que se traducía a los clásicos a lengua vulgar (se trataba de libros editados por Aldo Manuzio¹, equivalentes a los libros de evasión actuales); por otro lado, libros sobre los grandes tratados de estadistas, filósofos e historiadores, con los cuales él dialogaba. Le servían para construir sus propias ideas y le permitieron escribir su obra cumbre: *El Príncipe* (Graffton, 1998). Aunque Maquiavelo no es un exponente representativo de cualquier habitante de la Italia de su época, no cabe duda de que la lectura, para quien tenía acceso a ella, podía ejercerse con funciones muy semejantes a las de hoy.

Pero, en mi opinión y es una de las tesis de este libro, fueron ambas “clases” de lecturas las que crearon en Maquiavelo las ideas de *El Príncipe*. Finalizaremos nuestro recorrido por la Historia con la aportación de Wittmann (1998), que nos dice que en la Edad Moderna:

Se pasó de leer reiteradamente y en profundidad unos pocos textos de índole predominantemente religiosa a interesarse con cierta avidez por consumir textos variados y nuevos y con fines de entretenimiento. Además se buscaba a través de la lectura una cierta identidad y autonomía personal, una búsqueda de autoconocimiento y de racionalidad.

¹ Aldo Manuzio podría considerarse el primer editor: “al comprobar la falta de textos clásicos y su creciente demanda, tomó una iniciativa impresionante: imprimió textos de los clásicos griegos (Sófocles, Aristóteles y Platón) y después de los latinos (Virgilio, Horacio y Ovidio) en la lengua original, sin anotaciones, ni glosas, para que fueran leídos sin intermediarios. Ello hizo necesario, además, que se editaran gramáticas y diccionarios de esas lenguas, lo que también realizó. Podemos considerar estas ediciones como pequeños libros de bolsillo, si usamos nuestra denominación actual; y en ellas primaba el texto, claro y preciso, sobre la ilustración. Su bajo precio hacía que pudiera ser adquirido por mucha gente a la que le estaban vedados los manuscritos, convertidos a veces en objetos de colección de los pudientes. El libro era con estas ediciones un objeto para el estudio y el conocimiento. También por su escaso coste era posible reemplazarlo por otro igual, en el caso de que se deteriorara precisamente de tanto uso. La iniciativa de Aldo Manuzio fue seguida por otros muchos editores y constituyó el modelo editorial de los cien años siguientes en toda Europa” (CLEMENTE, 1998, pág. 64).

La lectura de novelas o, lo que es lo mismo, **la lectura como entretenimiento** constituyó el género predilecto de las nuevas masas lectoras, aunque los índices de alfabetización eran aún muy bajos. En las ciudades se produjo el advenimiento de un público lector burgués, con gustos propios respecto a los lectores anteriores, tanto eclesiásticos como nobles. Surgieron además lectores de clase baja, sobre todo gente al servicio de las nuevas clases pudientes, que leían también **por evasión**, imitando así a quienes consideraban cultos. La prensa periódica apareció con fuerza y parejamente la literatura editada en fascículos.

Por tanto fue a partir del siglo XIX y con la alfabetización cuando se fueron consolidando todas las funciones que hemos comentado: comunicación oral, aprendizaje, y diversión, evasión y entretenimiento. Y, ¿a cuál de todas podrían, ustedes, lectores, considerar lectura por placer?

¿QUÉ ES LEER POR PLACER?

Según Lockwood, es cuando manifestamos una “actitud positiva ante la lectura”.

Otros, como Stephen Krashen (2004) defienden que se lee por placer cuando la lectura es libre y voluntaria, y lo define así:

“Lectura libre voluntaria” significa leer porque quieres. Para los niños y niñas en edad escolar, la lectura libre y voluntaria representa no tener que hacer reseñas de libros ni preguntas al final del capítulo, y no tener que mirar cada palabra en el diccionario. La lectura libre y voluntaria significa dejar un libro que no te gusta y escoger otro a cambio.

Y el mismo autor nos indica que “la forma más eficaz de construir el alfabetismo es la más placentera”.

Lo que me parece relevante aquí ahora es en primer lugar cómo conseguir fomentar esa lectura placentera y el hábito de leer, y por otro lado, y esta es una de las cuestiones que vertebran todo este

libro, es que la lectura libre, placentera *no* es equivalente *solo* a la lectura por entretenimiento, o por evasión, eso la haría incompleta. La lectura libre es *también* una puerta a la libertad, que nos permite emanciparnos, que nos aporta las claves para existir como adultos, humanos responsables, con nuestra singularidad, como *sujetos* a nuestras iniciativas, con nuestra responsabilidad individual y colectiva.

Contra la obligación de leer ya nos advirtió Juan Domingo Argüelles (2009) en *Si quieres... lee*, doy por supuesta esta premisa, y voy más allá pues la dificultad estriba en cómo llegar a que se lea de manera voluntaria. Comencemos por revisar qué significa “voluntad”, según el Diccionario de la RAE:

1. *Capacidad humana para decidir con libertad lo que se desea y lo que no.*
2. *Deseo o intención, o cosa que se desea.*

¿Recuerdan que en *Redescubrir la enseñanza*, Biesta nos decía que enseñar es provocar en el otro el deseo de existir? De ahí el paralelismo con el título de este capítulo *Redescubrir la lectura por placer*. Porque las claves de la enseñanza están en cómo provocar la movilización de esas voluntades, veamos algunas de ellas.

CÓMO FOMENTAR LA LECTURA POR PLACER

Los factores multiplicadores que recordaremos (oportunidad, motivación, práctica, reflexión) coincide con lo que nos aporta Lockwood sobre lo que implican las prácticas motivadoras para la lectura en el entorno escolar:

- Un maestro que sea un modelo de lectura.
- Acceso a un entorno de clase rico en libros.
- Ser capaz de escoger libros personalmente.
- Estar acostumbrado a los libros.
- **Interacciones sociales** con otros sobre libros.

- Incentivos que reflejen el valor de la lectura.
- Contextos significativos específicos: actividades holísticas.
- Autonomía: actividades motivadoras que promueven la elección y el control del lector.
- **Colaboración social:** enseñanza y aprendizaje de los compañeros.
- Enfatizar la metacognición.
- Establecer expectativas elevadas.
- Tareas abiertas.

Y así llegan a 6 las claves que nos pueden guiar. Destaco algún ejemplo adaptado de cada una:

1. Actividades abiertas y auténticas:

- Actividades creativas relacionadas: Música, Danza, Teatro, Dibujo, Escultura, Plástica, Tecnología, Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC).
- Antologías personales.
- Visitas y entrevistas a autores, por grupos de alumnos.
- Seguir de cerca el nombramiento de algún premio literario.
- Seguimiento programas de televisión o radio especializados en libros.
- Investigar vidas de autores.
- Participar en la selección de libros de la biblioteca y su recepción.
- Crear lugares de escritura, blogs, por ejemplo con letras de canciones o escribir sobre aficiones.

2. Un entorno de lectura en el que se acceda con facilidad a gran cantidad de textos adecuados:

- Garantizar que la gama de lectura sea amplia y actualizada, incluyendo, además de libros de ficción y ensayo, manga, periódicos, cómics, revistas de interés especial y textos electrónicos.
- Garantizar que la biblioteca del aula contenga libros actualizados de otros países y culturas o sobre ellos, incluyendo textos de ficción traducidos. Recordemos la importancia

que cobra en la adolescencia reconocer su propia cultura en niños/as de familia de origen de otro país o cultura.

3. La elección realizada por el lector/a:

- Fomentar que sean los lectores los que busquen asesorándose en las librerías, bibliotecas, ferias del libro, webs literarias, webs de editores para realizar su elección.
- Que los mayores recomienden a los de menos edad, dentro del centro escolar.

4. Trabajo colaborativo:

- Garantizar que haya oportunidades para actividades de grupo en las que puedan leer y hablar sobre textos compartidos.
- Establecer relaciones de lectura con otros institutos locales.
- Poner las recomendaciones de lectura y las reseñas en la intranet de la escuela para que puedan consultarlas otros.
- Disponer un “muro de lecturas” en el que los alumnos y las alumnas y el profesorado pueda poner datos y noticias relacionados con la lectura.
- Hacer reseñas grabadas en redes sociales.
- Simular entrevistas a autores por grupos.

5. Un enfoque en el que los alumnos y las alumnas **saben lo que están haciendo y cómo y por qué lo hacen:**

- Utilizar “diarios del lector” para que no solo anoten lo que leen, sino para que reflexionen también sobre cómo y por qué leen.
- Hacer que sean ellos los que realicen encuestas por grupos sobre libros preferidos en distintos grupos de edad para orientar las adquisiciones de libros de la biblioteca².
- Planificar una campaña publicitaria en los medios para promover un “Año Nacional de la Lectura”.

² En *Alumnado en Primaria como investigador*, de BUCKNALL (2019) se explican varios ejemplos de investigaciones realizadas por alumnos y su exposición posterior.

6. Vínculos entre la lectura en el aula y fuera del aula:

- Realizar una encuesta acerca de los hábitos lectores en la comunidad local entrevistando, por ejemplo, a los usuarios de la biblioteca o a los clientes de una librería, a editoriales, y contrastar sus resultados con otros estudios de hábitos de lectura y consumo cultural.
- Entrevistar a los miembros de su familia acerca de lo que leían cuando tenían su edad y lo que leen en la actualidad. (Los comentarios dentro de la familia son de gran relevancia y sin embargo poco frecuentes³).
- Invitar a los miembros de grupos bibliófilos locales a ir a la escuela a hablar a cada clase acerca de por qué disfrutaban leyendo y a que comenten libros.
- Examinar las biografías, autobiografías y páginas web sobre autores y autoras para descubrir hasta qué punto la lectura ha sido importante en sus vidas.

El elemento social que he remarcado es sin duda uno de los más importantes y, desde mi punto de vista, muy escaso. En línea con lo que aparecerá de forma recurrente en este libro recordé el capítulo “La lectura literaria y filosófica como instrumento de mediación social y conocimiento compartido”, extraído de *Ecologías del Aprendizaje*⁴ que publicamos en 2018.

Sus autores nos exponen el caso de la Asociación Entrelibros, y me parece muy relevante el preámbulo que realizan en el que com-

Las novelas o los
ensayos se escriben para
ser leídos, pensados
y debatidos por la
comunidad de lectores.

parten lo que aquí exponemos, pues nos dicen que las novelas o los ensayos se escriben para ser leídos, pensados y debatidos por la comunidad de lectores. Sin embargo, no es habitual identificar la lectura para el desarrollo de la

convivencia social, sino que en el mejor de los casos tiene más que ver con el conocimiento o el recreo personal.

³ A dos tercios de los niños/as que casi nunca hablaban en su casa no les gustaba la ficción.

⁴ MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y col. (2018), págs. 155 y ss.

La alfabetización universal y el fácil acceso a los libros han tenido históricamente un sentido de justicia social, inclusión y ciudadanía, por lo que la lectura ha sido considerada desde antiguo un derecho elemental (Argüelles, 2013), pues es la garantía del acceso libre y autónomo al conocimiento. Los proyectos de animación a la lectura, que ahora están circunscritos al ámbito escolar, obedecían en su origen al deseo de hacer que los libros fueran accesibles a la mayoría de los ciudadanos, de hacer de la lectura un medio de transformación social (Mata, 2008). Las prácticas de animación sociocultural que se desarrollaron en Francia a mediados del siglo xx otorgaron a la animación a la lectura una importancia capital, pues se consideraba que leer era una experiencia emancipadora. La lectura se percibía así como una práctica que traspasaba el ámbito privado y se imbricaba en las luchas sociales.

Los autores nos resaltan la **dimensión social de la lectura**, y que como **medio de reflexión e indagación** sobre la vida podemos enfrentar los problemas y esperanzas que tenemos como seres humanos. Ya ven que vamos coincidiendo y, ni estamos solos, ni somos los primeros en pensar así, si ustedes también están convencidos. Pero por si les hicieran falta más apoyos, estos autores nos traen algunas referencias, primero a Martha Nussbaum (2005):

La literatura, y más específicamente la novela, posee unas cualidades que la hacen imprescindible para examinar cuestiones importantes sobre los seres humanos, pues algunas concepciones del mundo y de cómo se debe vivir en él solo pueden exponerse en un lenguaje y en unas formas narrativas más complejas, connotativas y minuciosas que la prosa filosófica convencional.

(NUSSBAUM, 2005).

Luego a Rorty (1991), que también coincide, ya que para él “las ficciones narrativas poseen más capacidad que la teoría para mostrar cómo son los seres humanos y cómo es cada cual en relación a los otros. Ese acercamiento al otro para entenderlo como uno de nosotros solo puede hacerse mediante géneros como la etnografía, el informe periodístico, los libros de historietas, el drama documental y, especialmente, la novela”.

Paul Ricoeur (2006) nos dice que “a su juicio, es la interpretación de una vida lo que la convierte en algo más que un fenómeno

biológico y en esa interpretación las ficciones desempeñan un papel mediador muy relevante, ayudan a la comprensión de sí mismo, pues una vida solo se comprende a través de las historias que contamos sobre ella. Una vida examinada es, pues, una vida narrada por cada ser humano y en la construcción de esa autopresentación narrativa, continuamente reinterpretada, participan los relatos que elaboran las personas que comparten un lugar y un tiempo determinados”.

Así que, insisten y ya termino, la lectura es...

una experiencia que provoca sentimientos, ideas, reflexiones, sueños..., y también juicios de valor no solo sobre la obra misma sino sobre la vida humana, juicios susceptibles de ser contrastados y compartidos con otros lectores mediante una suerte de conversación pública (Booth, 2005). Leer un texto literario no es solo enfrentarse a un conjunto de palabras y entender su sentido; leer es a la par el reconocimiento en uno mismo de los efectos de esas palabras. Por eso, la lectura literaria contribuye a mitigar las adversidades y dramas causados por guerras, desplazamientos forzados o actos de terrorismo, a la vez que procura consuelo y bienestar en situaciones de duelo, enfermedad o privación de libertad.

¿Recuerdan lo que les dije de la lectura como virtud, la sabiduría, la bondad, la felicidad y la paz?

De igual manera, las bibliotecas públicas⁵, además de ser un espacio primordial para lograr metas formativas personales, favorecen la socialización e incluso actúan como espacios de referencia en situaciones de degradación urbana o crisis humanitarias (Jaeger, y col., 2006; Peña Gallego, 2011; IFLA, 2015). Pensar en los libros o la lectura únicamente como procuradores de placer íntimo y solitario supone ignorar o rebajar su extraordinaria influencia en la vida social.

Estarán de acuerdo con estos autores que este **modo de leer tiene un valor ético indudable**, pero lo más interesante es que no se quedan en meras reflexiones sino que este sentido social de la lectura lo llevan a la práctica, como podemos ver en el siguiente caso.

⁵ Sobre las bibliotecas públicas y su valor como forma de socialización cultural a través de la lectura, nos habla GIMENO en un artículo rescatado de *Cuadernos de Pedagogía* (marzo 2000) en el libro *Ideas que perviven* (2021).

La Asociación Entrelibros

Creada en 2010 en la ciudad de Granada, la Asociación Entrelibros se define a sí misma como una organización no gubernamental, sin ánimo de lucro, de carácter laico, abierta y sostenida por voluntarias y voluntarios de diversas edades y dispares experiencias personales y profesionales. Tal como se informa en su web (www.asociacionentrelibros.es), su principal objetivo es “hacer presente la literatura y la filosofía allí donde pueda aportar bienestar, emoción, conocimiento, sosiego, confianza...”. A través de la lectura en voz alta, la conversación y la escucha atenta sus componentes promueven experiencias lectoras que aspiran a ser experiencias de vida. Asimismo declaran que esa mediación lingüística e intelectual tiene “un sentido ético, compromete a la Asociación Entrelibros con las personas pero también con la sociedad. Somos conscientes del valor cívico de la palabra poética y filosófica, de su poder para transformar el mundo, para hacerlo más comprensible y habitable. Hacemos de la lectura nuestro particular modo de intervención social”. Además de los numerosos proyectos estables, atendidos semanalmente por las voluntarias y los voluntarios que conforman la asociación, mantienen ocasionales colaboraciones con muy diversas asociaciones e instituciones públicas.

Su trayectoria y sus objetivos son un ejemplo de cómo la literatura y la filosofía pueden penetrar en espacios desacostumbrados y cumplir un papel social muy relevante. Los lugares en los que interviene (hospitales, centros penitenciarios, colegios, centros culturales, centros de acogida, calles...), el tipo de personas a las que se dirige (mujeres maltratadas, niños enfermos, jóvenes en riesgo de exclusión social, madres de alumnos, usuarios de salud mental, personas sin hogar...) y el tipo de textos que se utilizan (poesía, relatos, cuentos populares, mitos, ensayos filosóficos...) permiten comprobar que los libros y la lectura pueden estar presentes en los más dispares ámbitos sociales y pueden involucrarse en la vida de las personas más diversas ocasionando a menudo transformaciones muy significativas.

La relevancia de las nuevas formas de uso colectivo de la literatura y la filosofía radica en el protagonismo de los lectores frente a los expertos, y en la posibilidad de acceso a conocimientos literarios que de otro modo serían inalcanzables. Esas circunstancias alteran profundamente el marco en el que se producen las literacidades contemporáneas. Las aulas ya no se reconocen como los únicos espacios donde se conoce y se aprende literatura o filosofía. En otros espacios sociales, menos jerárquicos y más participativos, con o sin la ayuda de especialistas, es posible también hacerlo. Y si bien se reconocen los riesgos inherentes a la preterición de los cánones y las autoridades, la expansión de la literatura y la filosofía por el tejido social es un hecho incuestionable y necesario.

Esa extensión de los textos literarios y filosóficos tiene lugar a través de la lectura en voz alta, que para las lectoras y lectores voluntarios de la Asociación Entrelibros no tiene el sentido elemental de lectura a otros, sino de lectura con otros. Esa alteración de preposiciones no es un simple capricho gramatical sino conceptual. Leer con otros supone participación, diálogo, relación igualitaria. Frente a la lectura solitaria y privada, la lectura en voz alta requiere la presencia de otro o de otros, una circunstancia que otorga a la lectura el carácter de una experiencia comunitaria. No se aspira en esos casos al aislamiento o al silencio, sino a las palabras y la compañía.

La lectura en voz alta permite además introducir los textos literarios y filosóficos en ámbitos en los que habitualmente no están presentes y hacerlos parte de la vida de personas que por lo general están ajenas o alejadas de ellos. La lectura en voz alta democratiza ambas materias, las hace más abiertas y accesibles. En la mayoría de los casos, hace usual algo des-acostumbrado, hace universal algo normalmente restringido. Esos bienes culturales inmateriales, la literatura y la filosofía y el arte, pertenecen a todos los seres humanos y su expansión refuerza la idea del nuevo procomún (Hess, 2008), en tanto que abre espacios de gestión autónoma del conocimiento y refuerza prácticas culturales, en este caso la lectura compartida, que son

inclusivas y permiten que quienes no leen por sí mismos no se sientan excluidos del placer de los textos y puedan participar junto a otros en igualdad de condiciones.

La lectura en voz alta invita a compartir no solo la experiencia de la literatura sino la experiencia de la vida. La lectura en voz alta reclama conversación. Es de hecho una forma de conversación. Los textos actúan como apertura, como estímulo para hablar. Promueven respuestas a las palabras leídas o escuchadas. En esos casos, no importa tanto hablar del texto como hablar a partir del texto. La conversación es el modo en que los seres humanos construyen la convivencia con los demás, un mundo de participación e intercambio permanente. El lenguaje encuentra su verdadero ser en la conversación (Gadamer, 1998). La lectura compartida es una práctica de conversación en torno a un texto literario, una conversación que fluye a partir de las respuestas que cada cual da a esos textos. A lo largo del siglo xx el dialogismo se ha ido asentando en el campo de las ciencias sociales como un potente paradigma de análisis y comprensión de la realidad. En el campo literario, específicamente, y con distintas denominaciones, el diálogo se ha presentado como el medio más profundo para dotar de significado no solo a un texto sino al tiempo histórico y a la experiencia individual y social (Bajtin, 1982; Freire, 1989; Fish, 1992; Flecha, 1997; Wells, 2001; Chambers, 2007). La conversación en torno a un texto requiere en paralelo una alta capacidad de escucha, una voluntad de conocer qué piensan y sienten los demás.

Algunos ejemplos:

Hospital Materno Infantil, las lecturas se realizan en el Aula Hospitalaria, las habitaciones de Pediatría, Cirugía y Oncología Pediátrica, el Servicio de Urgencias y, ocasionalmente, la Unidad de Cuidados Intensivos. En el Hospital Campus de la Salud las lecturas se llevan a cabo en las habitaciones de Pediatría y en la sala de espera de las consultas de especialidades infantiles.

Casa de acogida de mujeres víctimas de violencia de género. La lectura literaria tiene otros efectos. Ante todo, procura bienestar psicológico, alivio, seguridad, confianza, afirmación...

Centro penitenciario de Albolote, Granada, en los que las actividades de lectura compartida influyen ante todo en el bienestar psicológico, las relaciones sociales y la actitud positiva hacia la educación y la cultura. En el ámbito carcelario, la lectura promueve la apertura a otros mundos, aunque sean ficticios, y a otras formas de pensar y de sentir, algo benéfico en cualquier circunstancia, pero aún más en un entorno desprovisto de libertad.

La Asociación Salud para la Mente (Sapame), constituida por usuarios de salud mental de Granada, tiene como objetivos principales la defensa de sus derechos y el fomento de la integración social, así como la recuperación a través de un proyecto de vida autónomo y dotado de sentido.

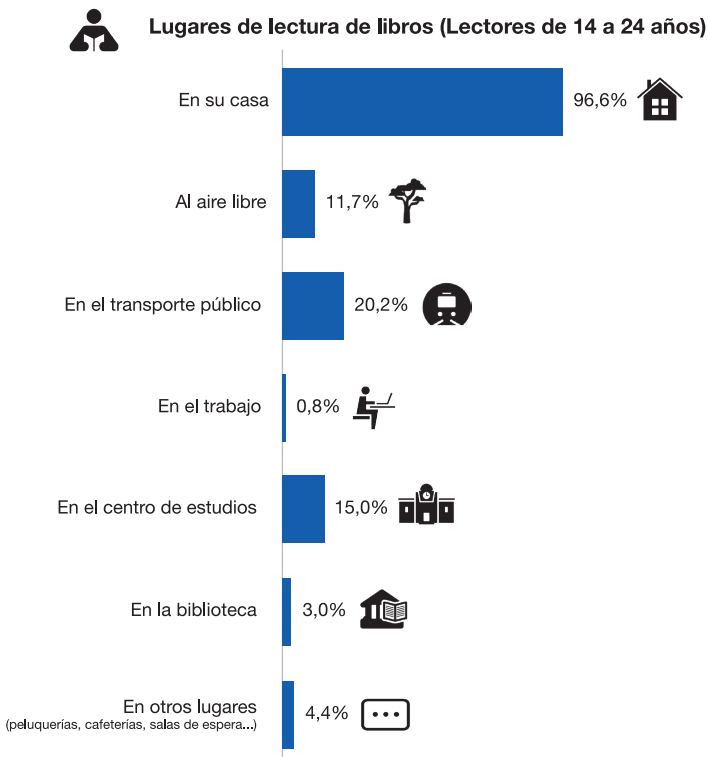
Asociación Calor y Café, una organización que atiende y da sostén a personas sin hogar o en situación económica muy precaria o con serias dificultades de acceso a servicios básicos, se celebra la posibilidad de expresar y compartir experiencias de vida que, aun en un contexto de precariedad y carencias, tienen siempre la pátina de lo singular, de lo digno de contarse.

La Asociación Mírame, que agrupa a familias con hijos o hijas con trastornos del espectro autista, considera que, dada la buena experiencia con los libros por parte de algunas de ellas, puede ser benéfico promover sesiones de lectura compartida con algunos de esos niños.

Dos puntualizaciones más, que me parecen interesantes, son la lectura en el aula y los círculos de literatura.

LA LECTURA EN EL AULA

Nos hablan de los pros y contras de la lectura en el aula. Y cómo sacar el máximo partido a una lectura compartida de una novela, actividades relacionadas como evaluar lo que sucede, interactuar proyectando las experiencias personales, imaginar. En mi opinión es de gran importancia disponer de momentos de asamblea, de discusión y debate y hacerlo en torno a una lectura o varias sobre un tema. Como vemos eso afecta únicamente al 15,0% de los lectores de la encuesta de Hábitos de lectura de Conecta (2022):



Deberíamos disponer de suficiente lugar/tiempo para lectura en el aula, en donde se puedan organizar debates, y ampliar las opciones con los círculos de literatura.

LOS CÍRCULOS DE LITERATURA

Leer un libro implica a dos. En otras palabras, hasta que no hemos compartido nuestras respuestas con otro lector o lectora, no experimentamos por completo el texto. Los diarios y los *weblogs* son muy útiles para que los lectores puedan entablar un diálogo virtual sobre libros y la lectura, y esto es un paso importante. No obstante, hacerlo en el ciberespacio, sin la presencia física de la comunidad lectora, desaprovecha todos los beneficios evolutivos que puede aportar un entorno social real. Lockwood nos dice que una forma de conseguir que los/as chicos/as regresen satisfactoriamente a un ambiente así, y que utilizan algunos centros, es el “círculo de literatura”, que se ha definido de este modo:

En los círculos de literatura, los alumnos leen y comentan una novela en pequeños grupos. Por regla general, los círculos de literatura están formados por alumnos y alumnas de distintas capacidades y son transitorios, constituidos para leer y comentar una novela concreta. Los niños y las niñas escogen los libros que leen y son completamente responsables del rumbo que tomen los diálogos del grupo. El maestro o la maestra desempeñan una función crucial en la formación y el apoyo a cada grupo del círculo de literatura, pero se insiste en que son los/as alumnos/as quienes tienen la responsabilidad. Dentro del círculo de literatura, el diálogo tiene un formato estructurado, pero los miembros del grupo determinan su contenido y dirección. Cada semana, leen en casa la página que hayan acordado y utilizan las estrategias previamente enseñadas para recordar las preguntas y las observaciones que quieran aportar al diálogo en su grupo. Tras cada reunión, puede pedirse a los jóvenes que escriban una respuesta al diálogo y el grupo fija una nueva página para la semana siguiente. Una vez acabado el libro, el grupo escoge la tarea de presentación o revisión final de una lista de posibles actividades sugeridas por el docente.

(ALLAN y col., 2005, pág. 5).

Una buena práctica para llevar a cabo en estos círculos de literatura son las “constelaciones literarias”⁶ del grupo Guadarrama. La metáfora de las “constelaciones” hace referencia a la posibilidad de establecer vínculos entre unas obras y otras. En cada constelación se hace explícito los criterios que nos llevan a conectar diversos títulos por sus temas, personajes, época, ámbito geográfico, géneros, subgéneros, etc. Ofrece la posibilidad de conciliar la enseñanza de la literatura, la lectura por placer, “leer juntos”, los itinerarios personales, los diferentes niveles de lectura (que interese a todo tipo de lectores) y hace posible la necesidad de compartir un imaginario cultural colectivo y la heterogeneidad y diversidad de las aulas.

Espero haber ampliado las expectativas y aclarado no solo qué es la lectura por placer sino también haber aportado algunas claves para conseguirla. Les animo ahora a entrar en el siguiente capítulo de la comprensión y luego en el del mundo fantástico de los personajes y de las emociones. Pero antes les dejo con una curiosidad que aprendí de mis padres sobre una aplicación de la lectura en voz alta.

El Conde de Montecristo, una historia para lectores empedernidos

Un día mi padre se encontraba encendiendo uno de sus habanos preferidos, un Montecristo número 4. Yo debía tener unos diez o doce años. Él me solía dar la vitola con la que yo jugaba poniéndomela en el dedo anular mientras me fascinaba observar la llama cuando prendía un trozo de la lámina de cedro que incluía la caja. Me impresionaba todavía más su cara de satisfacción cuando había conseguido su propósito. Ese día, al tiempo que exhalaba una bocanada de humo hacia el Montecristo, me preguntó, ¿sabes por qué estos puros se llaman Montecristo? Fue entonces cuando aprendí que en las plantaciones de tabaco cubanas les leían historias a los trabajadores, y *El Conde de Montecristo* de Alexandre Dumas era una de las que más les gustaban.

⁶ Puede verse la constelación literaria “Sentirse raro. Miradas sobre la adolescencia” en <https://sites.google.com/site/educacionliterariaensecundar/>



Esta anécdota me la encontré años después en el libro de María Clemente del que ya les he hablado y si buscan en internet encontrarán que “El lector de tabaquería leía la novela a los Torcedores de la Fábrica de H. Upmann en La Habana, dónde se fundó la marca en 1935”.

A pesar de esta experiencia yo jamás he fumado, era el único sin el vicio de mi casa de seis hermanos, pero mi padre sí era un fumador *empedernido*, es decir que tenía ese *hábito muy arraigado* (fumaba al menos dos puros al día). Y hablando de hábitos, acabo de caer en que tenemos otra idea para ese tipo de lector diario, podríamos llamarlo *empedernido*.